



No basta con decirles adiós

Cuando escribo, buena parte de las compañeras y los compañeros de secundaria estarán preparando despedidas. Una parte de los adolescentes siente que «por fin... ya no tendré que venir a la escuela». También algún *profe* sentirá que «por fin los puedo perder de vista». Aunque sea para pensar en el tema cuando vuelva a comenzar el curso, escribiré hoy sobre los «finales» adolescentes obligados.

Cuando se acaba la ESO, los chicos y las chicas están mayoritariamente saliendo de su última primavera adolescente. Vienen tiempos en los que la escuela ya no es el centro, tiempos con escasas tutelas, que no deberían convertirse en soledad sin adultos.

El final de la ESO coloca al conjunto del alumnado en cinco situaciones. Las dos primeras tienen que ver con la opción de seguir: seguir estudiando, seguir yendo al mismo instituto o a otro. Pero son diferentes. La primera es la de los que continúan porque toca: ni en su cabeza ni en la de sus padres cabe otra opción que la de seguir estudiando. En el consejo orientador conviene valorar cuál es la verdadera intensidad de ese «seguir», dónde se sitúan las verdaderas presiones (familiares, amigos, imposibilidad de imaginarse en un futuro diferente) y qué pasará cuando en diciembre una buena parte entre en crisis.

El segundo grupo de «seguidores», a pesar de las dudas y los desconciertos, ha decidido, al menos en parte, dónde y cómo seguir. Con la orientación les hemos ayudado a sentirse actores de lo que empezarán a hacer

en septiembre. Se han podido librar de la obligación de hacer bachillerato y se matriculan en ciclos, o viceversa.

El tercer grupo abandonará. Vive con ganas de olvidar la escuela y no quiere más. Están en una situación a la que llegaron por vericuetos personales muy diversos, pero definida por el «no quiero más». Preparar la despedida significa tratar de conseguir que no querer escuela no signifique no querer aprender nada. Además, significa preparar los contactos para cuando aparezca la crisis y tengan que «matricularse» en algo.

Algunos, el cuarto grupo, puede que decidan no hacer nada, tener un año sabático. Quieren vivir. Una parte, porque quiere dedicarse a la felicidad y la orientación tiene que ver con el descubrimiento de quién va a pagársela. Otra parte, a menudo buena estudiante, lo que no quiere es seguir una vida como la nuestra. Hace enmienda a la totalidad y no cree que su lugar siga siendo la escuela. La orientación tiene que ver con el aprendizaje de la gestión de los tiempos de pausa y la recuperación de pragmatismos

vitales. Gestionar la pausa para diseñar el tiempo de aprendizaje siguiente.

El quinto grupo lo forman los adolescentes «varados». Acaban la ESO y encallan. Están confusos. Unos porque su escuela, al menos la parte final, fue un desastre. Lo orientamos para que vuelvan a sentir que valen. Desgraciadamente, la escuela les sirvió para sentirse inútiles y han de descubrir que no lo son. Otros están sin ímpetu. No ven razones para seguir, nada parece atraerles. Los orientamos para encontrar nuevos alicientes, para descubrir que aprender y saber es algo más que ir a la escuela. También encallan los que viven crisis y malestares en un momento en el que la escuela se acaba y están obligados a escoger algún lugar para cuando llegue septiembre. Orientar será prestar alguna brújula para cuando llegue la calma. Con unos y otros no basta con decir adiós. •



AUTOR
Jaume Funes Artiaga

Psicólogo, educador y periodista
adolescencias@jaumefunes.com